

De Camus y la Filosofía de la Resolución Habló Ayer Ema Risso Platero

En el salón de actos del Jockey Club, y ante un público numerosísimo, Ema Risso Platero dictó, ayer, una conferencia sobre el tema: "Albert Camus y la filosofía de la resolución".

Prosiguió, así, el ciclo organizado por esa institución para el presente año.

Frente a Albert Camus — empezó diciendo Ema Risso Platero —, que llega y nos produce una inmediata impresión de asombro, precisamente porque nada asombroso vemos aparentemente en él, debemos preguntarnos si su obra — de la cual él trata siempre de impedir que se hable — no habrá adquirido un sentido más fundamental de lo que él mismo ha pensado.

En efecto: Camus nos entrega caminos de búsqueda que necesitábamos, resoluciones que esperábamos. Su sensibilidad es la de la generación de postguerra, la de nuestra generación; por eso está tan cerca de nuestra sensibilidad. El constituye un universo de energía — esto lo acerca mucho a Montherlant y, sobre todo, a Malraux, de quien parece haber escuchado un llamado que se manifiesta en *La peste* y en obras posteriores—, y nos incita a crear un concepto ético de la vida, desea despertar, en la humanidad, una mayor pasión de la inteligencia para obtener la lucidez necesaria al razonamiento y a la resolución de nuestros propios problemas. Reclama, Camus, el retorno al diálogo socrático: los hombres deben conversar — dice — y los pueblos entenderse; preciso es, entonces, una rebelión en sentido opuesto. Con su implacable condenación de la guerra, nos incita urgentemente a la lucha. Quiere provocar un violento llamado a la conciencia.

En su anhelo de perfección de la humanidad, nos da Camus una admirable lección de optimismo; hasta llega a hacernos pensar en que nosotros no somos nosotros, vale decir, que ese mundo de horror no es nuestro mundo. Nosotros creemos, respecto de lo que Camus afirma acerca del carácter que hoy ha asumido la muerte, que ésta tenga, al presente, más sentido administrativo que ayer o mañana, no creemos que tenga menos valor la condición humana. Pero sí creemos, en cambio, que, precisamente, cuando Camus hace éste su llamado a los artistas y pensadores, expresando que los conquistadores sólo pueden lograr la unidad del mundo por la guerra y la violencia, y los artistas, por su parte, la buscan y logran encontrarla en la belleza, ello quiere significar que algo anda bien. En efecto, si llegamos a comprender que la palabra es tan poderosa que podría oponerse a la misma bomba atómica, habremos alcanzado el deseo que exponía Nietzsche, cuando decía: "Son nuestros enemigos, aquellos que no quieren crearse a sí mismos".

¿Es o no, Albert Camus, existencialista? En *El mito de Sísifo*, Camus explica largamente que él no está de acuerdo con la filosofía existencial. Sin embargo, nos parece que, en algún momento o, en cierto modo, el espíritu de Camus está tan cerca de aquellos filósofos cuyas opiniones dice no compartir (Jaspers, Heidegger, Kierkegaard, Chestov, Scheler), que nos preguntamos si, acaso, lo que más le preocupa negar no será esa palabra: existencialismo. En su obra posterior, ¿no prueba, acaso, que se encuentra en la línea de los primeros existencialistas? La mayor preocupación de Camus es, ciertamente, la de crear en nuestro espíritu el concepto de nuestra responsabilidad en el mundo y por el mundo en el cual el hombre tiene un sentido fundamental, más importante que el mundo mismo. Y bien: ¿acaso no es muy familiar, esta teoría, en los existencialistas modernos y, también, en sus predecesores. Entonces: ¿qué semejanzas y qué diferencias puede tener esta tendencia filosófica con la enseñanza y la resolución que nos transmiten las obras de Camus?

Es indudable que pocas personas conocen bien al doctrina existencialista, sin embargo de lo cual muchos la atacan. Para tales personas, el existencialismo pintaría sólo la miseria humana y sería una doctrina que niega la amistad, la fraternidad y todas las formas de amor. Pero, ¿realmente se parece, el existencialismo, a esta imagen de una filosofía de la desesperación? Sin olvidar que el tema de la miseria del hombre, por ejemplo, no es nuevo, ya que Pascal, Bossuet, Massillon intentaban hacer penetrar, en el hombre, el sentimiento de su horror; sin olvidar, tampoco, que los moralistas laicos atacan las conductas sociales (La Rochefoucauld, Saint - Simon, Chamfort, v. gr., ya denunciaban la bajeza y la hipocresía del corazón humano, cuyo único resorte profundo es el interés); sin olvidar todo eso, pues, corresponde señalar que el existencialismo no condena al hombre a la miseria: si el hombre no es naturalmente bueno — afirma — tampoco es naturalmente malo; en un principio, no es nada, y él tiene la responsabilidad de hacerse bueno o malo, según sepa asumir su libertad o renegar de ella. El existencialismo desea ayudar al hombre a asumir la condición que en su calidad, precisamente, de hombre, le es imposible ignorar. Si, pues, consideramos que los existencialistas deben saber lo que quieren decir, sólo cabe la conclusión — inspirada en la frase de Aristóteles: "La consecuencia más ridícula de nuestras opiniones, es que suelen destruirse a sí mismas" — de que a esta forma moderna de una posición filosófica eterna hay que encararla con el respeto que merecen esas ideas cuyas consecuencias sólo el tiempo podrá juzgar definitivamente.

En su reciente libro, *Histoire de la littérature française*, Henri Clouard señala: "El observador de nuestro tiempo advertirá, sin duda, como uno de sus fenómenos importantes, la penetración de la filosofía en las actividades hasta ahora puramente literarias". La lucha de Albert Camus es, ciertamente, la más literaria: comienza y termina en el pensamiento, dejándonos la resolución de vencer por las fuerzas espirituales. En esta resolución se encuentra el sentido fundamental de su obra. En su llamado al hombre, se dirige a la razón y a la inteligencia de éste, en el sentido más puro y platónico. Podríamos pensar que Camus es, ante todo, un escritor, un hombre de letras, y que no hay, entonces, necesidad de averiguar si es o no filósofo, si es o no político. Pero no es así, porque los escritores de hoy no pueden ni quieren desligarse de los problemas de los hombres de hoy. Hoy, como nunca, el escritor siente la necesidad de ser intérprete del hombre actual y de enviar a todos los hombres el mensaje de cada hombre. Siente una angustia universal, que se le hace urgente delatar, expresar. No siendo existencialista, Camus hace, pues, la mejor campaña para el estudio y el conocimiento de esa doctrina; no siendo filósofo, nos deja, su obra, la mayor resolución filosófica de nuestro tiempo; y no ocupándose de política, despliega en los hombres más indiferentes la preocupación constante del hombre por los problemas del hombre.

Albert Camus — terminó diciendo Ema Rizzo Platero — no nos trae

soluciones. No quiere tomar nuestro lugar, ya que él está decidido a padecer el que le corresponde. Pero nos muestra nuestras propias armas, desde ya, nos manifiesta que debemos encontrar el mejor modo de usarlas. Sólo en nuestra voluntad con nuestra complacencia, puede persistir la peste, ya que solos podemos encontrar la manera de librarnos de ella. Porque la peste es de nosotros, la peste está en nosotros, y sólo en nosotros está la solución. Si sabemos encontrarla, ser recién tendrá, entonces, un sentido vital, y merecerá haber sido un campo de exploración viva en la angustiosa aventura de la muerte.

Finalizada su conferencia, Ema Rizzo Platero dió a conocer un poema existencialista que le inspira la lectura de *L'étranger*, y cuyo título había copado con el consejo la autorización del propio Camus.